

HOMILIA
S.E.R. Mons. Mario Antonio Cargnello
en la Celebración Eucarística
31 de julio de 2010
Entronización de las Sagradas Imágenes
del Señor y Virgen del Milagro
Catedral Basílica de Salta

Queridos hermanos:

Cuando la imagen del Señor del Milagro, portada por los hombres de la hermandad salía al presbiterio de nuestra Catedral y llegaba hasta el corazón de nuestra comunidad, al escuchar la exclamación de afecto de todos ustedes, pensaba en el vínculo que viene desde lo hondo de la historia entre este pueblo y el Señor y percibía que se trata de un vínculo que marca las entrañas de nuestra vida.

Para nosotros poder comenzar el Milagro es comenzar un tiempo de paz interior. Se acerca el Hermano mayor, cuyo rostro nos muestra el rostro del Padre Dios. Tanto en la Novena -como en la expresión popular- a veces le decimos "Padre" a Jesús, porque nos muestra Su rostro. Él es el Hijo amado donde descubrimos el rostro del Padre. Todos nosotros, cuando pasamos los veinte o al orillar los treinta años, necesitamos conocer a nuestro padre o haberlo conocido porque ahí descubrimos nuestra identidad. De la misma manera, el pueblo devoto de Salta reconoce en ese vínculo profundo con el Señor de Milagro algo que tiene que ver con nuestra propia identidad, por eso nos sentimos bien. No es una cuestión puramente afectiva, toca los sentimientos más hondos de nuestro ser.

Yo soy uno de aquellos que ha llegado a Salta, como un regalo que Dios me ha dado en la vida. Me parece que entro cada día más cuando entro en el corazón del Señor, porque ahí está lo más propio, lo más entrañablemente salteño. Y al lado de Él está la Virgen. Todo lo demás, sin ellos, no es Salta.

Dije que esto no es una cuestión puramente afectiva, sino que hace a la identidad. Esto quiere decir que, si yo me quiero descubrir al pararme como persona humana en la vida, en mi propia historia, en mi relación con la familia, con la patria, no puedo descuidar esto. No me convierte esto, como muchos piensan, en un menor de edad. Hay quienes consideran que creer, que ser católico es ser menor de edad. Basta escuchar los programas donde no nos ridiculizan más porque no les queda espacio. Es todo lo contrario, la fe es un llamado profundo a la libertad. Nadie es más libre que el verdadero creyente. La fe toca el corazón por la decisión de creer, pero me invita a pensar, a conocer, a reflexionar, a estudiar. La fe no le tiene miedo al conocimiento y a la ciencia, de ninguna manera.

Estos días, a raíz de la discusión de la ley de matrimonio entre personas del mismo sexo, todos se han llenado la boca diciendo que la iglesia es oscurantista o que tiene miedo, pero es mentira. Hagan una lista con los grandes sabios de la humanidad, cuenten cuántos eran católicos, se darán cuenta que son muchísimos, aún hoy. Nos endilgan lo de Galileo. Él era

católico. En la discusión puede haber habido exageración de una parte o de otra, puede haber habido equivocación; pero, la iglesia siempre está abierta, porque la fe me hace aceptar que Dios es mi Padre; y me hace aceptar este mundo como un regalo al cual debo conocer, respetando la ley natural, la ley escrita para que el mundo sea mejor.

Los días de novena serán días para conocer más a Jesús, para conocer lo que somos, lo que somos como familia, lo que somos como pueblo, lo que podemos hacer, los riesgos que corremos con nuestras audacias en las decisiones; pero también es un camino que podemos recorrer sin temor en la historia. Estos días son para ponernos junto a Él que es amor y verdad, entrega y palabra. Él es nuestro Señor, el Señor de la historia. Como dijo una señora cuando salió: "Es el papá el que llega". Quisiera invitarlos a vivir estos cuarenta y cinco días así, abiertos a lo que el Señor quiera decirnos, abiertos a la alegría de vivir la fe que despliega las alas de nuestro conocimiento, lo mejor de nosotros mismos y las alas de nuestro amor, y desde ahí escuchar la Palabra de Dios.

Ustedes han escuchado que los dos textos, tanto la Primera Lectura como el Evangelio hablan de lo relativo de la vida. "Vanidad de vanidades" nos dice el Libro del Eclesiastés, lo cual no significa el desprecio por la realidad humana, sino que nos enseña a relativizar, a saber que las cosas son importantes, pero tienen una dirección. ¿Qué es lo que da sentido a ese camino? El punto de llegada es que yo soy hijo de Dios y en el encuentro con Él voy a descubrir el valor de todas las cosas. Jesús enseña lo mismo desde el tema del apego nuestro al dinero, que es una manera de apegarnos a lo que nos hace quedar acá, y nos hace olvidar que somos caminantes hacia el cielo. Esto no significa que me haga olvidar de los compromisos en la tierra, sino al contrario, Jesús por nosotros ha dado la vida en la Cruz. Miren lo relativo que es para darnos la vida sabiendo que tenía que ir al Padre, Él amó de tal manera al mundo que dio la vida por nosotros. El cristiano que ama al Padre no desprecia el mundo, al contrario, sabe que es el espacio en el cual yo debo amar, amar la humanidad sirviéndolo, aprendiendo a dar, desprendiéndome de ese egoísmo que me aferra en la avaricia o en el apego desordenado al dinero.

La avaricia nos hace viejos. La avaricia es el pecado de los viejos, envejece al hombre. Los grandes literatos cuando quieren hablar del avaro, hablan del viejo. ¿Se acuerdan del "tío patilludo"? Era ese viejo aferrado al dinero, que no miraba la felicidad de sus sobrinos, ni de nadie y no podía abrirse.

Jesús abre los brazos, se entrega al Padre y ama a todos, por eso puede jugarse por los demás, por eso puede decirnos palabras de vida. Nosotros frente a Él nos enfrentamos gozosamente con la verdad de lo que somos sin miedo, aunque tengamos que llorar delante de Él. Sabemos que no nos desprecia, porque Él es el amor puro, es todo lo contrario del avaro, es la generosidad pura, tiene una apertura de corazón hacia los demás.

Que esta novena nos vaya abriendo el corazón para amar de verdad a todos, para no achicarnos en romanticismos baratos y reconocer nuestra identidad desde lo más profundo de nuestra historia como pueblo.

A raíz de la ley, alguien dijo que “no hemos aprobado una ley, hemos hecho una construcción cultural”. Es una construcción contracultural, hemos negado nuestra tradición y nuestra naturaleza. No vamos a ganar con esto, vamos a perder.

Que nos demos cuenta de que la vida no es un capricho. Nuestra generación no es dueña absoluta de la historia, es servidora del futuro, sirviendo de verdad a la gente, respetando la ley de Dios y de la naturaleza humana captada por la sabiduría de los pueblos, sosteniendo al pueblo en la tierra.

¡Ojalá esa apertura de corazón también nos de apertura de mente para buscar la verdad que nos hace libres! Porque la fe no es más que un ala que junto con la razón –como lo decía el Papa Juan Pablo II- son las dos alas que nos permiten conocer las verdades y ser más libres. Es un camino que queremos recorrer especialmente en estos cuarenta y cinco días, con el Señor del Milagro y en medio, la mamá Virgen.

Este año la Fiesta del Señor y de la Virgen del Milagro tiene una carga que la hace especial. Es un año que hay que agradecerle porque nos ha protegido. Hemos sido sacudidos el 27 de febrero, nuestros queridos hermanos de Campo Quijano lo han sentido más fuerte y ha costado algunas vidas producto del descuido y malas construcciones. Yo he visto el afecto, la necesidad de ser contenidos de la gente, por eso se abrió la Catedral. En esa ocasión, no salió la imagen en procesión para no crear pánico; además teníamos que cambiar la Cruz del Señor, ya que habíamos detectado desde el año pasado una fragilidad interna, que fue corroborada por los estudios. Yo quiero agradecer a los que han trabajado para poder cambiar la Cruz. Los técnicos que trabajaron, los profesionales, la querida gente de la Catedral, las señoras que cuidan la imagen, todos han aportado una suma de afecto y de cariño al Señor del Milagro que me han edificado. Agradezco a los que han trabajado para construir la nueva cruz, a los que limpiaron la rayera, a los que arreglaron todo, a los que cuidaron al Señor, a los que restauraron la imagen como lo hicimos el año pasado. Fue un trabajo serio, lo mismo con la imagen de la Virgen Santísima, que ha salido a visitar las parroquias.

Además vamos a modificar el recorrido de la procesión. Desde hace varios años, la gente de la policía nos viene advirtiendo, y nuestros hermanos de la hermandad también, que ya el espacio del recorrido es insuficiente. El desplazar la cantidad de gente, que gracias a Dios, se unen en la procesión hace que muchos tengan que ir por las calles paralelas al Paseo Güemes y Belgrano, y no pueden acercarse. Era necesario pensar un recorrido más largo. Pensamos que la Celebración del Bicentenario de la Patria se convertía en una ocasión propicia para considerar como punto final del Pacto el Monumento a la Batalla de Salta, que tiene mucho que ver con la cultura cristiana de nuestro pueblo en esa expresión de Belgrano: “Ni vencedores ni vencidos”. Tiene mucho que ver con esa Cruz que está en el Monumento, y que Monseñor Gregorio Romero, cuando era Obispo de Salta en la década del 20’, la encontró con los seminaristas en el campo de la batalla, la hizo restaurar y después se consiguió aquella especie de custodia que la envuelve que está en la Iglesia San Juan Bautista de la Merced. Pasaremos por esos

verdaderos templos del amor de Dios que son los hospitales; y Dios mediante, la Cruz que tenía el Señor presidirá desde ahí la vida del pueblo de Salta.

Hay mucho para agradecer, hay mucho para rezar, hay mucho para celebrar. Hermanos y hermanas ha comenzado el Milagro, celebrémoslo en el amor de Dios.

+ Mons. Mario Antonio Cargnello
Arzobispo de Salta